

Siempre cerca



Manuel Arenas Vargas (Sanlúcar la Mayor, Sevilla, 1942) es expresidente del Consejo Andaluz de Colegios Oficiales de Farmacéuticos, tras haber sido secretario del mismo desde mayo de 1994 hasta

junio de 2000. En la actualidad ejerce desde 1970 como propietario de oficina de farmacia en la barriada de San Jerónimo, en Sevilla capital. En el año 1974 entró por primera vez en la Junta de Gobierno del Real e Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos de Sevilla como vocal 5º y delegado de zonas, desde donde creó las zonas de Sevilla y su provincia.

En marzo, cuando las calles comenzaron a quedar desiertas y daba hasta miedo caminar por ellas, hubo una luz que nunca dejó de brillar: era la de las farmacias. Obligados por la primera oleada de la pandemia a trabajar en condiciones de gran riesgo, pues ni existía mucha información ni disponíamos de los medios de protección adecuados para ello, los farmacéuticos demostraron que llevan la vocación sanitaria y de servicio público y el sentido asistencial en las venas y, si no temiera llevarme por el orgullo corporativo, diría que ofrecieron una verdadera lección de ejemplaridad, como la dieron todas las profesiones sanitarias, sin excepción de una sola. Y por supuesto otras muchas no sanitarias que también estuvieron en primera línea.

La farmacia no solo demostró ser un servicio absolutamente esencial para la población (así de hecho fue considerado), sino que resultó ser un componente básico del sistema sanitario: el primer eslabón de la cadena, la puerta de acceso, una pieza imprescindible sin la cual la atención primaria quedaría manifiestamente desbordada. Pero no era una situación normal, y la farmacia

no se conformó con seguir haciendo, en un escenario excepcional, lo que normalmente hacía. Quiso ir más allá y se puso a disposición de las autoridades sanitarias para asumir nuevas atribuciones y hacer frente a una situación para la que todas las ayudas eran pocas.

Y así fue como, junto a nuestras funciones habituales, las administraciones hicieron algunos ajustes regulatorios para permitir que la farmacia se convirtiera en el gran dique de contención de la vulnerabilidad durante la primera oleada de la Covid-19. Pudimos entregar medicamentos hospitalarios para que las personas más frágiles no tuvieran que exponerse a situaciones de riesgo de contagio, y numerosas farmacias empezaron a entregar la medicación en el domicilio de personas mayores y con problemas de movilidad. Para ello, se llegó a acuerdos con diferentes ONGs que nos ayudaron a compatibilizar la entrega domiciliaria con nuestra labor en unas oficinas de farmacia de las que no podíamos ausentarnos y en las que a veces nos encontrábamos merma- dos por las bajas.

Asimismo, llegamos a acuerdos con las fuerzas de Seguridad del Estado para tener a nuestros mayores en nuestro “radar”, para cerciorarnos de que estaban bien. Las farmacias son puntos de paso de estos pacientes, normalmente polime- dicados y con varias patologías. Cuando dejan de venir es porque algo raro pasa. También en

La farmacia ha demostrado ser un componente básico del sistema sanitario, el primer eslabón de la cadena útil para aminorar a una atención primaria desbordada

eso ayudamos: en dar la voz de aviso cuando advertíamos que personas solas y necesitadas de medicación dejaban de acudir o llamar a su farmacia. Era a los mayores a los que más te- níamos que proteger, y con satisfacción puedo decir que los farmacéuticos lo hicimos. Hicimos todo lo que la legislación y los recursos de que disponíamos nos permitieron hacer.

Y en esta siguiente oleada queremos volver a ser útiles. Especialmente útiles. Y por eso, los Co- legios de Farmacéuticos, que nos representan, les han dicho a las autoridades sanitarias que aquí estamos. Hay un marco regulatorio que ya nos permite hacer muchas cosas en materia de detección, prevención y, como ahora se llama, cribado o análisis (los análisis clínicos han sido siempre un ámbito de trabajo de muchos farma- céuticos, no es nuevo ni tiene que ver con la Co- vid-19). Y ese es precisamente el ámbito en el



que el sistema sanitario necesita más refuerzos. La Covid-19 no se va a parar solo en los hospitales. Tenemos que evitar que estos se saturen y la atención primaria necesita apoyo. Las farmacias somos establecimientos privados, pero con una vocación pública y asistencial que está fuera de toda duda. De hecho, somos establecimientos privados de interés público, así es como nos define la ley. Podemos ayudar más y mejor y eso es lo que queremos hacer.

Las administraciones sanitarias tienen la palabra. Ellas son las que deben decidir y darnos instruc-

ciones precisas de lo que requieren de la farmacia en esta segunda oleada. Yo estoy convencido de que podríamos jugar, sin duda, un papel fundamental en la vacunación frente a la gripe. Somos un establecimiento sanitario y estamos cerca de los pacientes. En las ciudades y en los pueblos, en el centro y en los barrios. Es lo que tiene nuestra red capilar de farmacia, organizada y regulada con criterios de servicio público, no de rentabilidad empresarial. ¿Qué sentido tiene, me pregunto, organizar la vacunación en centros deportivos, cívicos o de otro tipo como se ha especulado, si se saturan los centros de salud?

¿Qué sentido tiene, me pregunto, organizar colas a las puertas de los ambulatorios para vacunar si se puede hacer sin colas en las farmacias?

Estoy seguro de que los ciudadanos quieren. Y digo más: también lo quieren los profesionales sanitarios que trabajan en la atención primaria.

¿Quién rechaza ayuda cuando la necesita? Nadie. Ninguna persona de bien. Y el sistema sanitario está repleto de gente de bien. Los farmacéuticos también lo somos y, por eso, estamos deseando de contribuir y ayudar en esta segunda

crisis, que, sin duda, superaremos de forma tanto más rápido y eficiente cuanto más seamos los que sumemos y contribuyamos de forma positiva a ese objetivo. Sin anteojeras corporativos, pensando en el bien común, que es en lo único que hay que pensar en momentos como los que vivimos.

Los profesionales sanitarios tenemos que estar cerca, más cerca entre nosotros, y más cerca de quienes nos necesitan, que son los pacientes. Ese debería de ser nuestra única preocupación y nuestro único interés. El interés de todos.